

Ricardo de la Cierva

LA HOZ Y LA CRUZ

Auge y caída del marxismo y la teología de la liberación



Historia reservada de los pontificados de Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II sobre ocho mil documentos inéditos.

En otoño de 1995 apareció el primer libro de esta trilogía sobre la historia de la Iglesia en nuestro tiempo, titulado, tras una alta y amena discusión en Roma, *Las puertas del infierno*, del que se prepara ya la quinta edición. El autor había pensado completarlo sólo con un segundo libro, pero la documentación venida de todo el mundo tras la aparición del primero ha sido tan abrumadora que se ha decidido por una trilogía para no desaprovecharla. El libro que ahora aparece, *La hoz y la cruz* comprende los pontificados de Pablo VI (después del Concilio) y Juan Pablo II, hasta la caída del Muro de Berlín y el hundimiento del marxismo en 1989/1990. El título fue la consigna que dio el líder de la Internacional Comunista Manuilski a Santiago Carrillo en Moscú el año 1939, según él mismo confiesa. El objetivo principal del libro consiste en estudiar el auge y la caída del marxismo y de su forma teológica, la teología de la liberación, en seis frentes principales: Iberoamérica, Norteamérica, Roma, Europa occidental y oriental y muy especialmente España, porque España, que se había librado del marxismo en 1939, fue desde fines de los años sesenta centro logístico principal del marxismo teológico que el autor estudia ante una documentación jamás publicada sobre el contexto de la Iglesia española en los dos pontificados de Pablo VI y Juan Pablo II, los dos Papas de quienes también intenta conseguir un retrato histórico fundado: Pablo VI, vacilante y agónico pero con momentos estelares de grandeza, aunque se equivocó por completo con España; y Juan Pablo II, que para el autor es, sin exageraciones, el Papa más grande de la Historia.

Para el complicado período que discurre desde 1989 al comienzo del Tercer Milenio el autor prepara ya el tercer y último libro de esta trilogía, *Iglesia y masonería ante el tercer milenio*. Resume en la Iglesia de Juan Pablo II las fuerzas espirituales de la Humanidad, que se enfrentan, en el vacío

dejado por el marxismo, con las complejas fuerzas del liberalismo inhumano (hay también un liberalismo humano) la gnosis, las nuevas sectas y tendencias anticristianas, todo lo cual engloba con deliberada simplificación bajo la bandera, más viva que nunca, de la Masonería. El propio Juan Pablo II, en su último libro, introduce al autor en este nuevo y trascendental combate, cuyo enunciado algunos tomarán por exageración. No lo es.

Para Mercedes 58

INTRODUCCIÓN: EL CANON 212

Hace un año publiqué en Editorial Fénix *Las Puertas del Infierno*, cuyo primer subtítulo expresa claramente lo que es el libro: *Asalto y defensa de la Roca ante la Modernidad y la Revolución*. Trataba allí de desarrollar una profundísima intuición del Concilio Vaticano II —en la Constitución *Gaudium et Spes*— sobre la historia humana como permanente campo para el enfrentamiento del Bien y el Mal, el poder de la Luz y el poder de las Tinieblas, la Iglesia fundada por Jesucristo, Luz del Mundo, y lo que el propio Cristo denominó, en esa fundación, las Puertas del Infierno. No poseo autoridad ni representación alguna; sólo soy un historiador católico libre que trata de explicarse su propia fe mediante el instrumento y el método profesional que utiliza siempre, la Historia. Al abandonar por completo la actividad política cuando empezaba la década de los ochenta seguí cultivando mis campos habituales de investigación, pero me planteé uno nuevo: la historia de la Iglesia en nuestro tiempo, por la misma razón que me impulsó a estudiar la República y la guerra civil española a partir de los años sesenta; los numerosos libros que se publicaban sobre el vital problema no me explicaban lo que yo buscaba en ellos después de haber vivido intensamente ese período. Hacia 1980, por un impulso semejante, empecé a plantearme la historia de la Iglesia en nuestro tiempo y en relación con mi propia fe católica, porque las varias historias de la Iglesia que pude consultar, algunas muy importantes e interesantes, no me resolvían el conjunto de problemas y de preguntas que cada día me acuciaban más. Después de incontables noches de investigación y reflexión, después de consultar, a veces angustiadamente, a los grandes pensadores y los grandes teólogos de nuestro tiempo, la insistencia del Concilio —dos veces la misma fórmula en el mismo documento— sobre la explicación de la historia humana, según la doctrina

del propio Cristo, como lucha perpetua entre la Luz y las Tinieblas me marcó el camino. No me está permitido, como historiador, utilizar aplicaciones providencialistas o preternaturales en mi investigación, a la manera de nuestros grandes y envidiables historiadores cristianos de otras épocas, de San Agustín para abajo. Pero como historiador católico no puedo ignorar que esas explicaciones existen y esta convicción arroja una claridad difusa, pero muy tranquilizadora, sobre las dificultades de mi trabajo.

Hasta que un día, inesperadamente, un distinguido colega y amigo, profesor de Filosofía en la Universidad de Extremadura, don Romano García, intensificó, en carta que considero muy importante para mí, la penetración de esa luz. Había escuchado mi conversación con Antonio Herrero en la COPE sobre *Las Puertas del Infierno* y me recordó una pregunta trascendental de Sören Kierkegaard, el filósofo cristiano danés sin el que no existiría Miguel de Unamuno: *¿Es posible un punto de partida histórico para una certidumbre eterna? ¿Cómo puede tal punto de partida tener un interés no meramente histórico? ¿Es posible basar una felicidad eterna en un conocimiento histórico?* Kierkegaard formulaba esta pregunta hondísima en el Pórtico de sus «Fragmentos filosóficos» y al final del libro la contestaba: *El cristianismo es el único fenómeno histórico que, a pesar de lo histórico, mejor dicho, justamente por lo histórico, ha querido ser para el individuo el punto de partida de su certidumbre eterna, ha querido interesarle de otra manera que la meramente histórica, ha querido basar su salvación en su relación a algo histórico.*

Esta reflexión de Kierkegaard que me transcribía el profesor de la Universidad extremeña recalca la identificación entre el Cristo de la fe y el Jesús de la Historia que Pablo VI defendió tan lúcidamente en el Concilio Vaticano II frente a ciertas desviaciones protestantizantes. Yo le había confesado a Antonio Herrero que sentía acrecentarse inexplicablemente la fe cuando recorría en mis viajes a Israel los cami-

nos reales del Jesús histórico. Kierkegaard, el angustiado pensador cristiano, me explica por qué.

En *Las Puertas del Infierno* expuse los fundamentos históricos y los contextos de pensamiento que nos permiten comprender el combate entre el Poder de la Luz y las Puertas del Infierno en nuestro tiempo. El libro terminaba, cronológicamente, en la historia interna del Concilio Vaticano II y en la «descomposición» —frase de Pablo VI— de la antes fiel y poderosa vanguardia del Ejército de la Luz, la Compañía de Jesús fundada por San Ignacio de Loyola; esa descomposición es uno de los dramas más patéticos de nuestro siglo. Para este segundo tomo, en que desciendo mucho más a la realidad concreta de ese combate, mi primera idea fue centrarme en el período postconciliar, a partir de 1965 hasta hoy, con el estudio de la Defensa de la Roca frente a la Modernidad —la falsa Modernidad— y la Revolución en su última fase —el marxismo-leninismo— durante los pontificados de Pablo VI y Juan Pablo II; no quería detenerme en la caída del comunismo sino explicar los intentos, peligrosísimos, de resurrección marxista tanto en el campo político como en el religioso, el marxismo cristiano que quiso llamarse, no me explico por qué, Teología de la liberación cuando ni es teología, sino antropología, ni libera al hombre sino que le esclaviza. Pero la documentación reunida, los testimonios personales, el análisis de los centros logísticos principales para el Asalto a la Roca —las Iglesias de España y los Estados Unidos— me han obligado a la cesura en 1989 —la caída del Muro, la desaparición de la Unión Soviética y la liberación de Europa oriental— con lo que al desdoblarse este segundo libro el conjunto de la obra se convierte en una trilogía. En el presente libro, *La Hoz y la Cruz*, describo la por ahora última fase del Asalto y la Defensa de la Roca contra la Revolución marxista-leninista en sus dos vertientes: el planteamiento y el fracaso de la amenaza comunista contra Occidente, lo que llamó profundamente, con las protestas histéricas del rojerío farisaico, el

presidente Ronald Reagan el Imperio del Mal; y contra el marxismo cristiano, descrito por uno de sus líderes, el ogro cubano Fidel Castro, como «alianza estratégica de cristianos y marxistas para el triunfo de la Revolución» en el Tercer Mundo pero muy especialmente en Iberoamérica. Debo dejar entonces para el tercer y último tomo de esta obra — *Iglesia y Masonería ante el Tercer Milenio*— el combate entre la Luz y las Puertas del Infierno a partir de 1989 hasta hoy. Por supuesto que al hablar de masonería no me refiero exclusivamente a esos curiosos clubs de mandiles, rituales truculentos y cielos estrellados que hacen las delicias del jesuita Ferrer Benimeli y otros originales historiadores de nuestro tiempo: sino a la pervivencia del laicismo agresivo y secularizador, del capitalismo y el liberalismo salvaje (que no son, gracias a Dios, ni todo el liberalismo ni todo el capitalismo) los cuales provienen de una fase previa del materialismo que luego degeneró, por sus raíces más virulentas, en el marxismo-leninismo-maoísmo. Se trata de la pervivencia de la gnosis, cuya historia anterior trazamos en *Las Puertas del Infierno*; la peligrosa proliferación de algunas sectas y en general todos los problemas históricos de hoy englobados en la falsa Modernidad que desplegamos en el índice del tercer libro, que puede encontrar el lector al final de éste. No puedo garantizar la fecha para ese tercer libro, ante los proyectos que debe acometer ahora mismo la Editorial; en todo caso tengo la esperanza de podérselo ofrecer a los lectores no después de 1999, en vísperas del Tercer Milenio.

Mi primer enfrentamiento con la Teología de la liberación data de 1985, con dos largos artículos publicados en ABC el Jueves y Viernes Santo, que luego se convirtieron en dos libros editados por Plaza y Janés en 1986 y 1987. Estos trabajos se agotaron rápidamente tras difundirse con amplitud por Europa y América. No he querido reeditarlos porque desde entonces he recabado una información histórica inmensa, proporcionada por centenares de testigos y

corresponsales, a quienes luego he conocido, en muchos casos, durante nuestros viajes a los territorios cuya historia religiosa tenía que describir. Toda la información contenida en aquellos artículos y trabajos de los años ochenta y algunos posteriores se incluye, depurada y aumentadísima, en el presente libro.

En el que trato de responder a una pregunta importante, formulada contradictoriamente en este mismo año 1996 por dos protagonistas esenciales del Asalto y la Defensa de la Roca; el Papa Juan Pablo II y el histriónico teólogo de la liberación que se hace llamar Leonardo Boff. En este libro explico la mentira de ese nombre junto a sus demás mentiras. Juan Pablo II llegaba a Centroamérica a principios de febrero de 1996 y no pudo evitar, al aterrizar en Guatemala, la evocación de su martirio de 1983 a manos de los teólogos de la liberación y sus turbas cristiano-marxistas, sobre todo en Nicaragua, que también explicamos detenidamente aquí. El Papa certificaba en Guatemala el final de la teología de la liberación en todo el Continente: «Ya no supone un problema de nuestros días» (ABC de Madrid 6 de febrero de 1996). En esa misma escala el Papa recordaba que en la Nicaragua de 1983 era «más difícil encontrarse con el pueblo».

Para Juan Pablo II, pues, la teología de la liberación está liquidada en 1996. Pero el más recalcitrante y agresivo creador de la teología de la liberación, el llamado Boff, que lleva muchos años fuera del sacerdocio y de la Iglesia católica, viajaba antes de dos meses a México y contradecía abiertamente al Papa: «La teología de la liberación no es marxismo ni socialismo, sigue viva, no está agonizante, ni mucho menos ha muerto». Despotricó contra el modelo de desarrollo mundial, al que calificó de «perverso», exaltó al obispo de Chiapas, don Samuel Ruiz y a la rebelión de los indios guiados por el subcomandante Marcos; y afirmó que la teología de la liberación seguía siendo el gran camino contra los opresores. Está, pues, clara, la contradicción; los

teólogos de la liberación más tenaces tratan de salir de los cascos del Muro de Berlín que les sepultó y quieren resucitar su lucha anticapitalista como en los buenos tiempos. El primer final de la teología de la liberación se explica aquí; el peligro y la posibilidad de esa actitud rebelde también será objeto de nuestro tercer libro; en éste debemos circunscribirnos al auge y la caída de esa teología marxista (Boff miente como bellaco, según su inveterada costumbre) hasta 1989/1990, cuando una de sus promotoras, la chilena Marta Harnecker autora de un famosísimo catecismo marxista que hizo furor en los años setenta y ochenta, llegó a negar la caída del Muro cuando supo la noticia. Son así.

En el estudio de los centros logísticos al servicio de la teología de la liberación dedico una atención especialísima a dos casos: las Iglesias de los Estados Unidos y de España, sin las que no hubiera crecido el marxismo cristiano en Iberoamérica. En uno y otro caso aportamos una documentación importante, sobre todo para España, donde las implicaciones entre la Iglesia y la política se analizan desde una perspectiva enteramente nueva, a partir de fuentes directas que muchas veces resultan sorprendentes. Como en el primer libro de esta trilogía, no he sometido el texto del actual a censura previa de ninguna clase. Nada me obliga a ello como historiador libre. Naturalmente que, como historiador católico, he intentado mantenerme en todo momento dentro de la fe, la Tradición y el Magisterio, aunque en problemas que no afectan a la fe, sino a otras cuestiones como la cultura o la política, me he permitido criticar, con todo respeto, algunas posiciones de los teólogos, de los obispos o de la propia Santa Sede que me parecen desafortunadas. Lo hago en virtud del canon 212, uno de los más importantes y significativos del Código vigente de Derecho Canónico, uno, también, de los más ignorados. Ya el Papa Pío XII, como expliqué en el primer libro, recomendaba el fomento de la opinión pública en el seno de la Iglesia. El

Código canónico de 1983, sancionado por Juan Pablo II, tenía muy presente esa recomendación cuando establecía:

Todos los fieles tienen el derecho, y a veces incluso el deber, en razón de su propio conocimiento, competencia y prestigio, de manifestar a los Pastores sagrados su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia y de manifestarlo a los demás fieles, salvando siempre la integridad de la fe y de las costumbres, la reverencia hacia los Pastores y habida cuenta de la utilidad común y la dignidad de las personas.

¿Cabe algo más perteneciente al bien de la Iglesia que la historia de la Iglesia? Este libro, como el anterior y el siguiente de la trilogía, se planteó para que el propio autor se explicase su fe y su posición ante la Iglesia. Una vez escritos, el autor ha pensado que a otros católicos puede resultar de alguna utilidad su contenido; y las numerosísimas cartas recibidas tras la publicación de *Las Puertas del Infierno* lo corroboran. Por supuesto si al obispo a cuya diócesis pertenezco, a quien enviaré uno de los primeros ejemplares, le parece conveniente hacerme cualquier observación, la tendré muy en cuenta para sucesivas ediciones. Una nota adicional de agradecimiento a todas las personas que desde muchas partes del mundo me han ayudado con su documentación, su testimonio y su consejo a la preparación y redacción de este libro que sin ellas no hubiera sido posible.

Y una doble aclaración final de método y talante. La defensa de la Roca frente al demoledor asalto de la Revolución, objeto principal de este libro, se ha librado en dos frentes principales, Iberoamérica y Europa del Este. Pablo VI intentó contener al marxismo soviético en Europa mediante una política de diálogo llevada, con la mejor voluntad pero con indebidas concesiones, y grave daño a las Iglesias mártires, por un gran diplomático, Agostino Casaroli. En Iberoamérica Pablo VI, sorprendido por la ofensiva cristiano-marxista que siguió a la Conferencia episcopal de

Medellín en 1968, se opuso firmemente a ella en su exhortación de 1975 *Evangelii nuntiandi* pero la eficacia de la respuesta en uno y otro escenario resultó muy insuficiente. Juan Pablo II, que conocía al marxismo mucho más de cerca, y carecía de los graves complejos de su predecesor, planteó la defensa de la Roca contra el marxismo de forma mucho más decidida, implicándose personalmente en el combate con valor y eficacia asombrosos. Plantó la bandera blanca y amarilla en su patria, Polonia y la convirtió en ariete contra el comunismo. Viajó al ojo del huracán liberacionista en Centroamérica y su primer viaje se dirigió a México, que era el objetivo estratégico principal de los teólogos de la liberación.

Esta toma de posición respecto a las actitudes de los dos Papas la extiendo, en otras dimensiones, a otras muchas personas y pastores de la Iglesia en esos dos frentes y en otras partes del mundo. Fuera de los promotores, de los infiltrados y los cómplices, a quienes respondo con la dialéctica de la Historia, a veces de forma implacable y sin la menor contemplación, como ellos mismos hacen, debo expresar aquí mi respeto por las personas que juzgo equivocadas, aun admitiendo su excelente intención. Pero esto no es un cargamento de vaselina sino un libro de Historia, tan dura como la vida, y que se refiere a un combate del que han dependido millones de vidas; que nos afecta a todos los habitantes de la Tierra. Algunos amigos míos han muerto en ese combate, cuyas consecuencias me han amenazado personalmente más de una vez. Por eso mis críticas, aun con la salvedad que indico, resultan muchas veces acerbadas, una vez que he creído documentarlas y probarlas suficientemente. En alguna ocasión, muy a mi pesar, me veo obligado a utilizar legítimamente la defensa propia ante agresiones clarísimas de tipo personal que me duelen especialmente cuando vienen del campo propio, es decir por la espalda. A veces no me resulta fácil ejercitar la libertad de expresión en diversos medios; y en alguna ocasión gra-

ve los intentos de amordazarme han venido de algunos cristianos e incluso de algunos prelados. Como en esta Editorial gozo de libertad absoluta, bien ganada a pulso, algún hipercrítico y algún agresor se van a encontrar en este libro con la respuesta adecuada. Esto es un combate donde la legítima defensa ha de ejercerse a veces de forma durísima, que no me ha dado malos resultados en los últimos tiempos; proliferan de vez en cuando los deslenguados y los desaprensivos. Hay por ejemplo un publicista menor y memo que me acusa de criticar por motivaciones personales, cuando él no ha hecho otra cosa en su vida; un periódico sectario que me ha dedicado dos editoriales estúpidamente agresivos; un obispo que no dudaba en ofrecer a gobernantes hostiles a la Iglesia la cabeza de periodistas católicos por motivos políticos. No me han dejado otro recurso que responder con la verdad de cada trama, de veras que lo siento.

La complejidad y la interpenetración de los problemas históricos tratados en este libro me obliga a veces a volver sobre ellos, desde diversas perspectivas, con una especie de método cíclico. Alguna vez esta aplicación metodológica podrá parecer reiteración. No se me ha escapado el enfoque, lo he considerado necesario para la claridad.

PRIMERA PARTE: PABLO VI
MODERNIZACIÓN Y DEMOLICIÓN
DE LA IGLESIA

CAPÍTULO 1

PABLO VI DESBORDADO POR LA
TORMENTA POSCONCILIAR: «LA AU-
TODEMOLICIÓN DE LA IGLESIA» Y
«EL HUMO DEL INFIERNO»